

*“Soy madre soltera y mujer unicornio”*

*“Tudo é viagem”*

*Fernando Pessoa*

*Vilanova 18 de julio 2019*

*Querida amiga, amigo:*

*“Soy madre soltera y mujer unicornio”. Estas palabras escribía hace unas horas a un escritor desconocido para mi hasta hace un par de días. Un escritor que al leerlo hoy a primera hora de la mañana me arrancó alguna lágrima. No recuerdo la última vez que unas palabras escritas me hicieran*

llorar, me hicieran sentir tan profundo...y en un impulso de esos que sólo se tienen de madrugada le escribí al autor por Instagram un breve mensaje de agradecimiento. Y de ahí esa frase, al intentar presentarme (subrallé lo de madre soltera porque él habla de su madre biológica que también lo fue..hasta que conoció a la mujer de su vida y juntas formaron un hogar). Por cierto, el nombre del escritor es Roy Galán y el libro que leía es su último ,titulado: "Haz que no parezca amor".

Todo empieza con una voz. Una voz interior que se despierta y nos conecta. Una voz que, como pistoletazo de salida te urge a coger el papel, o el ordenador y a seguir lo que ella te dicta. Porque la mayoría de veces yo escribo así, al dictado. ¿Debería decir yo? Alguien escribe a través de mi, sería más apropiado decir. A esa voz no la controlo, pero sí que hay condiciones que la hacen propicia: sobre todo la soledad, el espacio interior, la infinitud del tiempo sin prisas. La ausencia total de "debería". Y cuando eso se da, sólo hace falta algo sutil pero certero para hacerla despertar: una frase al viento, una lectura de madrugada, un paisaje, una sensación en la frontera de mi dedo meñique...

Por fin, después de muchos días de ausencia, estoy aquí contigo, o lo que es lo mismo, conmigo y esta (bendita) voz.

Cuando no estoy, no estoy. Y los veranos vienen siendo ya tiempos deshabitados para mi, desde que soy madre. Admito que se debe a que no sé muy bien cómo gestionarme estos meses de vacaciones infantiles. Que no sé muy bien cómo compaginar mi necesidad vital de soledad contra viento y marea y la necesidad que tiene mi hija de que la cuide y de que le preste atención. Y la balanza se descentra a su favor en una ecuación imposible. Y me pierdo. Pero no es un perderse agradable, es un perderse a una misma

bajo la máscara de una maternidad estereotipada. Traje de madre que siempre me quedó estrecho, pequeño. Tal vez demasiado mujer para ser sólo madre. Pero en verano aparece esta madre que aún no sabe muy bien cómo adaptarse a su papel y que me va desviviendo por dentro (incluso con cinco años de experiencia y desaprendizajes a mis espaldas). Y pasan los días y me des-centro. Sin centro. Sin voz. Sin silencio.

O tal vez sea más sencillo y todo se deba al calor y a esta vida al lado del Mediterráneo que sólo invita a vivirla de ventanas para afuera. Exceso de afuera. Sin intimidad. Eso son mis veranos: puro atender al afuera, puro ex-tasis sin retorno. Tanta vida que me obliga a desconectarme para que no me duela.

Pero estos días las condiciones se dieron y me reencontré en soledad. Al principio se sintió extraña, esa soledad. Como un vestido demasiado grande. Luego, poco a poco, se ha ido adaptando a mi o yo a ella hasta el día de hoy, en el que nos respiramos juntas. Y por primera vez en días me permito asomarme al balcón de mi vida y ver los acontecimientos destacables, aquellos que como perlas dejó la marea alta de las últimas semanas al retirarse. Una de esas perlas habla del viaje. O será del Viaje. O será de los viajes. O de la idea de viajar.

Estuve unos días fuera, con mi hija. No diré de viaje, porque el viaje es otra cosa, como ya hablaremos. Pero en esos días hubo momentos de viaje. Y de viaje con ella, lo que llegó a emocionarme. Fue como si de repente pudiera compartir con esta peque de 5 años una parte de mi misma importante y que hasta ahora no había podido compartir. Sensaciones de viaje: horas en un autobús, transitando paisajes, un poco aburridas, un poco sin tiempo o con tiempos eternos, las estaciones (amo todos los lugares de paso: estaciones de tren, autobuses y aeropuertos) y las multitudes que se

encuentran unos instantes para partir a rumbos desconocidos, las habitaciones impersonales de hoteles de pueblo, impersonales pero cuyas paredes conocen tantos secretos e historias...y luego la sensación maravillosa de perderse (que no de deshabitarse) por las calles de un pueblo tan mediterráneo que me hicieron sentir que no estaba en Cataluña sino en Grecia y que volvía a tener 20 años. Hubo claros momentos en que tuve la sensación de no-ser-nadie y sentirme haciendo el amor con el universo entero. Es una sensación increíble, que sólo proporciona el viaje.

Algo entiendo de viajes.

Desde mis 21 años que viajo sola (hasta ahora que lo empiezo a hacer con mi hija).

Todo viaje tiene que ver con lo interior. El exterior es solo una excusa.

Viajar es ir a conocerse olvidando todas las etiquetas que nos definen en nuestro día a día en rutinas impostadas. Una viaja para no reconocerse, para crearse nuevos personajes, para descubrirse más allá de su rostro habitual. El viajero se arriesga, el turista se entretiene.

Todo viaje, en solitario (porque todo verdadero viaje es en solitario) tiene también sus momentos de abismo, de sin sentido. De no saber muy bien qué se hace en un lugar de la otra punta de mundo, sola y sin rumbo. Pero el viaje enseña que eso también pasa.

Todo viaje es un entrenamiento para el gran Viaje que supone la vida.

Y aunque viajes sola, es raro que estés sola: se cruzan muchos caminos y se comparten grandes intimidades con desconocidos en los días de viaje.

Algunas de las historias más bonitas de mi vida, algunos de los encuentros que más me marcaron duraron un breve espacio de tiempo mientras viajaba. Lo inolvidable suele ser breve e intenso. Y lo perdemos para hacerlo eterno.

Después de mucho viajar (durante mis 20) a mis 30 hice uno de los viajes más alucinantes de mi vida: 10 días de meditación vipassana. De hecho debería dedicarle otra carta a esa experiencia. Tal vez lo haga.. Pero esa fue otra manera de viajar. Sin moverme de sitio. Cerrando los ojos durante 10 horas al día y observando mi universo interior. Un viaje a la locura que somos y una toma de conciencia de algo parecido a lo que me creía ser como persona. Un despertar. Un tocar los confines del lenguaje para asomarme al silencio que hay más allá. No me cambió radicalmente la vida, pero sí que me enseñó algo sobre mi misma y lo que creía ser, sobre la conciencia y el silencio, y sobretodo sobre la propia locura en la que vivimos inmersos y de la que no nos damos cuenta porque no la vemos (como el pez no se da cuenta de que vive en el agua). Esa locura se llama mente, o lenguaje, o ego. Sí, de algún modo el viaje más increíble de mi vida se dio sin moverme de mi cojín de meditación. Luego hubo otros, pero ese marcó otra forma de viajar.

Y después de todo esto , en mis 30 y 40 me dediqué a otro tipo de viajes. Tal vez la Vipassana me enseñó lo que decía mi querido Pessoa: "Tudo é viagem". Todo es viaje. Ya no necesitaba cambiar de lugar exterior para viajar. Viajar se volvió una actitud vital que puedo desarrollar en el escenario de lo cotidiano. No es que todo sea viaje, sino que todo puede llegar a serlo. Una buena lectura es un viaje. Una conversación en la que se da la comunión más allá de las palabras es un viaje. Criar a mi hija y reconciliarme con mi ser-madre es un viaje. Conocer a alguien que despierta hormigas en mi estómago es un viaje. Adentrarse en la propia sombra es un viaje. Escribir estas líneas es un viaje.

Pues eso, soy madre soltera y mujer unicornio.

¿ Y tú? ¿Cómo viajas? ¿Qué es para ti el viaje? ¿Cuando fue la última vez que viajaste? ¿ O lo haces cada día?

*Un abrazo inmenso, de corazón,*

*Eva*

*Pd: Releyendo lo escrito me doy cuenta de que es profundamente incompleto, que me queda mucho más por decir sobre el viaje, pero supongo que eso forma parte de la literatura como acto de un ser humano limitado: pretendemos abarcar lo inabarcable (la vida). Pero tal vez las acciones imposibles sean las más bellas y las únicas que valen la pena.*